

X Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XXV Jornadas de Investigación XIV Encuentro de Investigadores en Psicología
del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos
Aires, 2018.

Callejones actuales. Sobre tres eslogans lacanianos para leer a Freud.

Buttini, Matías y Minaudo, Julia.

Cita:

Buttini, Matías y Minaudo, Julia (2018). *Callejones actuales. Sobre tres eslogans lacanianos para leer a Freud. X Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXV Jornadas de Investigación XIV Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-122/388>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ewym/xVM>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

CALLEJONES ACTUALES. SOBRE TRES ESLOGANS LACANIANOS PARA LEER A FREUD

Buttini, Matías; Minaudo, Julia
Universidad de Buenos Aires. Argentina

RESUMEN

El siguiente trabajo se basa en el comentario de tres fórmulas o slogans lacanianos y su utilidad práctica tanto en la clínica como en la lectura de los textos de Freud. Se trata de la definición de tres conceptos claves: el lugar del Otro, el significante y su relación con el sujeto, y el síntoma como no reconocimiento. Comienza por una breve introducción donde se sitúan los términos de *ex-periencia* como algo fuera de la pericia, lector como una operatoria propia del analista y deseo del analista como el lugar donde la ética del psicoanálisis pone en acto su función. Finalmente, se desarrollan in extenso los tres slogans que permiten, cada uno, re-leer el texto de Freud sobre sus propias palabras en alemán: *nächtraglich*, *spaltung* y *symptombildung*. Se concluye sobre los callejones actuales con los que el psicoanálisis y el psicoanalista se encuentran en nuestra época.

Palabras clave

Retroacción - División - Síntoma

ABSTRACT

ACTUAL ALLEYS. ABOUT THREE LACANIAN SLOGANS TO READ FREUD
This paper is based in a commentary about three lacanian slogans or formulas and it's practical use in the clinical and in reading Freud's works. It's about the definition of three key concepts: the place of the Other, the signifier and it's relationship with the subject and the symptom as non recognised. Starts with a brief introduction to situate the terms of *ex-pertice* as something out of *ex-pertice*, the reader as the analyst's proper operation and desire of the analyst as the place where the ethics of psychoanalysis put's it's function into an act. Finally, it is developed in extended, the three slogans that allow, each one, to re-read Freud's text with their own german words: *nächtraglich*, *spaltung* y *symptombildung*. It concludes with the actual alleys in which, nowadays psychoanalysis and the psychoanalyst find themselves.

Keywords

Retroaction - Division - Symptom

Un lector no es un experto

"El nacimiento del lector se paga con la muerte del autor" nos dice el famoso adagio de Roland Barthes (1968, 83). Empecemos el trabajo adjudicable al partero y ayudemos a dar vida y cuerpo a un lector.

Como sucede con los grandes escritores, leer a Jacques Lacan tiene el valor de una *experiencia*. Este término para el psicoanalista no tiene porqué remitir al *experto*, al que sabe de antemano lo que

debe hacer con lo que se le pide. Tal vez se acerque un poco más al *experimento*, el del Inconsciente vivido en ese estar *sujetado* a la regla fundamental que inventara Freud con un objetivo preciso, el de escuchar al síntoma pidiéndole al paciente que hable de la forma más libre que se puede hablar a un completo extraño. Será aún mejor que ésta palabra nos lleve al *ex*, prefijo que indica la extrañeza, lo extranjero, lo que está por fuera, lo irreductiblemente ajeno. Es de esta manera que uno, cualquiera, abre la puerta de entrada a una experiencia, signifiante que podemos dividir en tres partes, según su composición etimológica:

- *ex* (separación del interior)
- *-peri* (intentar, arriesgar, correr el riesgo)
- *-entia* (cualidad de un agente; formado por *ent*, agente y *eia*, usado para crear abstractos)

Separarse de un interior corriendo un riesgo que implica un agente. Tal sería entonces, una suerte de definición de la palabra *experiencia* a la que interrogaremos en éste trabajo bajo la lupa de preguntas simples que provienen de nuestra práctica clínica y no de un laboratorio teórico: ¿quién habla en un análisis? ¿quién es el agente, el actor de lo que se dice en un análisis? Nuestras respuestas podrán encontrarse en los textos de Freud y en los de Lacan: el que habla no es el yo sino el síntoma, al que hay que saber escuchar. No por nada Lacan lo llama "*el mutismo del sujeto que se supone que habla*" (LACAN, 1964, 19).

Ahora sí podemos decir que leer a Lacan es una experiencia, en todos los sentidos que describimos ya que meternos con sus textos como lectores, nos da la sensación de *ex*, de no poder acceder, de estar por fuera. Es el *lector* el que acepta o no acepta correr ese riesgo ya que es el autor, en éste caso Lacan quien nos advierte su intención, por ejemplo en la apertura de sus Escritos, diciéndonos: "*quisiéramos llevar al lector a una consecuencia en la que le sea preciso poner su parte*" (*Nous voulons... amener le lecteur à une conséquence où lui mettre du sien*) (LACAN, 2006). Correr el riesgo de poner *su parte*, no sólo sus ojos y su cerebro sino también su cuerpo y por ello, su acto. Leer es un acto que tiene un agente preciso e ineludible: el lector. Este acto requiere de una separación, de una distancia respecto de lo que uno cree que ya sabe. El saber previo suele funcionar como obstáculo para cualquier experiencia. Por el contrario, leer a Freud no parece llevar consigo hoy en día un riesgo demasiado alto. La expansión de sus teorías -lo que todos suponemos que él dijo- ha sido enorme y su inserción prácticamente *natural* en las diferentes culturas del mundo es potente. Ya todos sabemos lo que ha dicho en forma de prejuicios generalizados, es decir, que desde ésta perspectiva, ya no hace falta leerlo.

Tenemos la intensa tarea de los críticos, como Harold Bloom quien

en su interesante libro *The Western canon*, rescata la prosa de Freud como literatura, al mismo tiempo que desecha lo que llama una terapia que *agoniza* o en sus palabras “*la muerte del psicoanálisis*” (BLOOM, 1994, 388). También resalta que “*pocas figuras de la historia cultural han tenido el éxito de Freud a la hora de introducir conceptos en nuestra consciencia*”. Y continúa jocosamente: “*Bueno, naturalmente, es el complejo de Edipo, y todos lo tenemos*”. Esta posición nos dejaría del lado del experto. Somos expertos en lo que Freud dijo, no es necesario tener la experiencia de leerlo.

Pero en verdad, ¿qué dijo Freud? ¿Se lee a Freud hoy? ¿Cuál sería, actualmente, la necesidad de leerlo, es decir de recorrer sus textos una vez más como una experiencia?

Esta operación de lectura es la que ha llevado adelante Lacan a lo largo de más de treinta años sobre la *lettre[1]* de Freud interrogando su deseo, por ende, interpretándolo y sacando consecuencias clínicas de su obra.

Retomemos aquí esa experiencia (separemos del interior asumiendo el riesgo de poner nuestra parte como agentes, es decir, como lectores no expertos, incautos) para sumarle ahora nuestra lectura. Porque no alcanza con que algo sea legible para querer leerlo, se requiere de un deseo, Lacan lo llamó el deseo del analista.

El análisis tomado como experiencia

Un análisis es una experiencia, incluso ha sido para muchas personas “*una experiencia inaugural*” (LACAN, 2006, 139). Pero, ¿qué inaugura? La aparición de un deseo nuevo, que no estaba o que si estaba no tenía esa forma y que el análisis ha transformado en su trayecto. Lacan lo llama deseo “*advertido*”, un deseo forjado con el hierro propio de la subjetividad, pero para ser *aplicado* a otros. Ese deseo del analista es una ganancia del análisis, porque no se llega al final de ese proceso para convertirse en un experto *psicoterapeuta* sino todo lo contrario, para estar advertido que cada análisis es una experiencia irrepetible y sin modelo previo. No hay expertos del inconsciente, sólo hay analizados y de aquellos que aceptan el lugar del lector, del intérprete, del deseo del analista.

Digamos algo tan obvio como necesario: una experiencia es lo que no se puede enseñar ya que sólo puede ser aprehendida por cada uno, cada vez. De una experiencia sólo se puede dar un testimonio y por ende, ofrecerla al lector-oyente, al que está afuera, que desde afuera la recibe o la rechaza, la critica o la acepta, se ve afectado por ese testimonio o le resulta intrascendente. Es por esto que sostenemos una paradoja propia del analista, formulada de ésta manera: si bien el análisis propio del futuro analista es el único medio para acceder a esa posición, esa que apunta a sostener la emergencia el deseo singular y no un ajustarse a lo normal, a la *norma*, es también porque se trata de una experiencia transmisible pero no enseñable. Eso es lo que llamamos una verdadera experiencia, *por fuera de la pericia*, al saber de antemano lo que va a suceder. Este es el sustento ético que comanda el acto analítico y fundamenta el ejercicio de la asociación libre. La formación del analista, resulta así según Lacan, algo interminable.

Tres slogans lacanianos para leer a Freud

Quisiéramos ahora, luego de este preludio, proponer un esquema de lectura. Tomaremos tres fórmulas de Lacan que tienen para

nosotros un único objetivo: el de acceder a una lectura de Freud. Es desde aquí que llevaremos adelante nuestra *propia* lectura. No seguiremos ninguna cronología sino un recorte lógico que apoye la estructura de nuestra argumentación. Enumerémoslas:

- I. el sujeto recibe del Otro su propio mensaje en forma invertida
- II. el significante es lo que representa al sujeto para otro significante
- III. el síntoma es lo que uno conoce de sí sin reconocerse en ello

Se trata formulas típicas, de una suerte de *slogans* que Lacan mismo lanza como puntos de partida de sus seminarios orales, como jalones o puntos de referencia que fundamentan su enseñanza. Las hemos elegido por el valor clínico que tienen para la operación analítica y por su simpleza enunciativa ya que han sido formuladas muy tempranamente en su enseñanza y se mantienen a lo largo de los años prácticamente inmutables. Estas fórmulas se presentan comprimidas como si fueran un archivo. ZIP que luego hay que expandir para hacerlas legibles. Por ello, no deben ser repetidas por nosotros como cánticos hipnóticos sino cuestionados, desarrollados y especialmente, demostrados y verificados en la práctica. Esto quiere decir, simplemente, que nuestra lectura no es religiosa, no se trata de una creencia sino de una posición crítica.

Pasemos ahora a su comentario para poder delimitar el campo de la práctica analítica a la que nos dedicamos.

I. El sujeto recibe del Otro su propio mensaje en forma invertida: *nächtraglich*

A la altura de su seminario 5, titulado *Las formaciones del Inconsciente* (1957-58), Lacan propone su grafo del deseo, estructura cuya construcción puede seguirse paso a paso en su Escrito *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo freudiano* (1960). Este esquema permite apreciar un hallazgo apoyado en la mismísima pluma de Freud. Se trata de dos pisos, el inferior es el de la cadena significante, el de lo dicho, el enunciado, y el superior el de la cadena Inconsciente, de lo no dicho, la enunciación.

La estructura íntegra del grafo se basa en el término alemán *nächtraglich* utilizado por Freud que Lacan *lee* y traduce al francés como *après-coup* (literalmente, a destiempo). Esta lógica, propia del lenguaje, es la que se hace evidente con mayor fuerza en el interior del análisis, allí donde se apunta a liberar lo que se dice de su referente. Lo que se dice de lo que se *quiere* decir. O para aplicarle los tiempos verbales correctos del *nächtraglich* freudiano, lo que se ha dicho y lo que se hubiera querido decir, separación del acto de decir de la intencionalidad yoica. Como cuando uno camina por una calle y tropieza, suele reaccionar con un pequeño tropecito como *quiere* decir: aquí no pasó nada, intento de negación de un paso en falso. La separación entre los dos pisos del grafo supone una cadena inconsciente que se captura por la posición de escucha del analista.

Lacan llama célula elemental del grafo a su expresión mínima que se escribe con dos vectores que apuntan en dirección contraria, se cruzan en dos puntos precisos, evidenciando una lógica *retroactiva* de tres tiempos.

El acento está puesto en la puntuación final de las frases que Lacan llama Punto de capitón o de almohadillado. Por ejemplo, si tomamos la famosa frase de Groucho Marx, tenemos un ejemplo de la

suspensión del sentido (FREUD, 1912) propia del ser hablante en su posición de oyente:

“Esos son mis principios y si no les gustan bueno... tengo otros.”

El sentido común nos pone a la espera de algo que cambia radicalmente con lo que sigue y produce, como en este caso, el efecto sorpresivo, para-dójico, del griego *para*, más allá y *doxa*, sentido común o compartido), efecto buscado en la interpretación analítica como acceso a la cadena inconsciente y hasta cómico.

Por ello, podemos llamarlo con Lacan, el esquema del *witz* freudiano, el chiste de tres tiempos. Porque ese tiempo en suspenso es el que requiere del pasaje por el Otro del código para constituir el mensaje y producir el efecto cómico. De una manera simple: yo estoy en el primer lugar del esquema, desde allí cuento un chiste que el otro escucha desde el lugar segundo; ya sea que el otro se ría o no se ría, el circuito se relanza y *retroactivamente* el primero recibe su propio mensaje desde el Otro, lugar tercero: *Es un chiste* (risas) o *no es un chiste* (ausencia de risas).

En éste sentido, Freud releído por Lacan modifica la fijeza del esquema clásico de la comunicación humana (1º Locutor, 2º Mensaje y 3º Receptor). El psicoanálisis hace coincidir el lugar del locutor con el del receptor en dos tiempos diferentes, produciendo un mensaje propio *a través* del Otro, estructura básica de la palabra exhaerada en la interpretación analítica. El Otro siendo en éste caso el lenguaje mismo, su estructura como lo indican otras fórmulas de Lacan: el Inconsciente es el discurso del Otro o el Inconsciente está estructurado como un lenguaje.

Si tomamos otro ejemplo, esta vez de la literatura para demostrar éste funcionamiento. En *Kaddish por el hijo no nacido* (1990), el escritor húngaro Imre Kertész, sobreviviente de Auschwitz y premio nobel, relata un episodio terrorífico. Una vez liberado el campo de concentración, él y todos los prisioneros permanecieron en el *Lager* durante algún tiempo hasta poder encontrar el camino de vuelta a sus países devastados por la guerra. Cita:

“Ocurrió precisamente el día después del cambio de situación a partir del cual los guardianes de esclavos fueron sustituidos por libertadores” (KERTÉSZ, 71, 72)

Ese día, el siguiente a la liberación de la que fueron objeto por las fuerzas aliadas, el narrador va al baño del barracón y abre la puerta. Citamos el texto:

“me quedé simplemente de piedra, y a decir verdad, cuando no encuentro mejor fórmula que esta expresión barata para describirlo, porque *un soldado alemán estaba junto al lavabo y, al verme entrar, volvió la cabeza hacia mí* [en itálicas en el original] y antes de desmayarme, mearme o hacer quién sabe qué debido al susto, observé un movimiento a través de la niebla negro-gris de mi terror...” (IDEM, 72).

Es un momento horrible, se encuentra con el que hasta hacía un día era un soldado alemán y ahora sonreía y “*su sonrisa expresaba*

su disposición a atenderme, es decir -dice el narrador horrorizado- que estaba fregando el lavabo para mí” (IDEM). El episodio es contundente ya que el narrador se da cuenta de la liberación del campo en ese mismo acto disruptivo. Él recibe su propio mensaje subjetivo desde el Otro y en forma invertida, es decir en el vector que viene en dirección contraria y se vuelve a cruzar con el locutor, por segunda vez, produciendo el efecto de retroacción. ¿Cuál es el mensaje que recibe?

“... o sea que el orden mundial había cambiado, o sea, que el orden mundial no había cambiado en absoluto, o sea, que el orden mundial sólo había cambiado en tanto que ayer yo era el prisionero y hoy el prisionero era él” (IDEM, 73).

Ese Otro, régimen mundial, *Ordo Rerum*, había cambiado, cambiando así la relación y los lazos entre los otros, pero no había cambiado ya que seguía habiendo prisioneros. Este punto, privilegiado para el análisis, es lo que denominamos división subjetiva y aparece a continuación en el relato.

II. El significante es lo que representa al sujeto para otro significante: *Spaltung*

“... todo esto sólo puso fin a mi terror en la medida en que controló mi sentimiento inmediato convirtiéndolo en una desconfianza duradera e inamovible, dándole madurez y transformándolo en algo así como una cosmovisión, lo cual proporcionó a mi vida posterior en el *Lager*, pues seguí residiendo bastante tiempo allí como habitante libre, un sabor y un aroma especiales, la sensación incomparablemente dulce y cauta de la vida recuperada, la sensación de que vivía, pero que los alemanes podían volver en cualquier momento, es decir, que aun así no vivía del todo” (IDEM, 73, subrayado nuestro).

El relato de Kertész permite situar ese efecto que hace que el sujeto se re-presente sólo entre dos significantes, entre “la vida recuperada” y el “no vivía del todo”. Si tomamos ahora esta otra expresión de Lacan, debemos distinguir sus términos para empezar a abordarla.

- un significante (S1)
- lo que re-presenta
- el sujeto (\$)
- otro significante (S2)

Para empezar, señalemos que Lacan no define así al sujeto sino al significante, aquello que *re-presenta* al sujeto, opiniéndolo a la noción de signo que define como lo que *representa* algo para alguien constituyendo un mensaje más directo. Ambas definiciones incluyen el concepto freudiano de representación que en alemán tiene más de una palabra y diversas significaciones. Así lo señala Luis Alberto Hanns en su *Diccionario de términos alemanes de Freud* (1996):

“Freud utiliza tres términos germánicos (*vorstellen*, *darstellen* y más raramente *vertreten*) y uno latino (*repräsentieren*) que han sido traducidos con frecuencia de forma indiferenciada como “representar”, palabra que en español posee amplia gama de significados” (HANNS, 413).

Tomaremos el significado más literal ya que re-presentación en español significa volver a presentar, hacer presente y es por ello que el sujeto en psicoanálisis, cuando las condiciones de escucha están dadas, puede hacerse presente para luego desvanecerse en la cadena asociativa, efecto que Lacan denomina *fading* del sujeto. Se trata de un sujeto inter-mitente, inter-significante, inter-dicho o entre-dicho.

Para tomar un ejemplo clásico, el humo signo *inequívoco* de fuego está dirigido a alguien, que es quien lo percibe y le da el significado de *fuego*. El significante, por su lado, no se dirige más que a otros significantes, dándonos una de las claves de la asociación libre releída por Lacan, y más aún, rompiendo la relación directa con el significado que se produce sólo como consecuencia de la articulación de los significantes. No se trata de algo inequívoco sino del equívoco posible.

El sujeto se encuentra en el intervalo entre los significantes, en el espacio que se puede producir entre dos significantes. Esto quiere decir que el sujeto en psicoanálisis, si se hace presente siempre es dividido entre-dos, es decir que no se trata de un individuo, de aquello que no se puede dividir ni separar sino que se trata de un sujeto coherente con la práctica freudiana. Es la pregunta que se hace Freud en *Los caminos de la terapia analítica* respecto al segundo término de la palabra compuesta psico-análisis:

“¿Por qué *análisis*, término que significa descomposición y disociación y hace pensar en una semejanza con la labor que el químico realiza en su laboratorio con los cuerpos que la Naturaleza le ofrece? (FREUD, 1919, 2457).

Al igual que en esta famosa comparación con la labor del químico, el analista, como su nombre lo indica, separa, divide, inter-pretar, contra-dice y ello siempre es apostando a abrir un espacio entre los significantes, ya que “*el significado no es lo que se escucha. Lo que se escucha es el significante. El significado es el efecto del significante*” (LACAN, 1973, 45).

Bajo esta perspectiva, Lacan retoma el término freudiano de *Spaltung*, división, que apunta a ese famosa “escisión de la conciencia” (FREUD, 1893) en dos grupos psíquicos separados sin posibilidad de conectarse entre sí, para quitarle el mote de patológico y extenderlo al ser humano en general. Ya no se trata del *pathos* defensivo, del algo que hay que remover, acallar o desarticular sino de un estado común, propio del ser hablante, del ser en su estado de división subjetiva. Porque hablamos, dice Lacan, estamos divididos entre pensar y decir, entre significante y significado; entre consciente e inconsciente, entre defensa y deseo, habrá dicho Freud antes.

Tomemos entonces, dos breves ejemplos de cómo se presenta ésta forma del ser discernida por la práctica del psicoanálisis (LOMBARDI, 2009).

El primero es de la práctica cotidiana. Se trata de un joven que se presenta francamente dividido (\$) entre “ganar lo que necesito” (S1) y “ganar lo que quiero” (S2). El analista sitúa esa pequeña diferencia, intervalo entre la necesidad y el deseo, localizando así un sujeto dividido por su propio relato. El primer tramo del análisis recorta la siguiente frase: “se me infla el pecho de orgullo... por mi

padre”. Es allí donde se produce una serie significativa que conecta el orgullo, el pecho inflado (las plapitaciones y la angustia propias de cada ataque de pánico, síntoma inicial que provoca la consulta al analista) y un deseo reprimido, con el consecuente sentimiento de culpa de quedar confrontado a un ideal familiar. Ese ideal paterno de austeridad, “ganar lo necesario” entra en contradicción con una ambición personal, un empuje por introducir el deseo propio, “ganar lo que *quiero*”. Entre querer y necesitar éste sujeto se divide y su relato se torna así, analizable.

El segundo ejemplo es de Freud. Se trata del Historial de Elisabeth Von R (1893), donde un joven Freud logra producir *en acto* la aparición de un sujeto dividido. Elisabeth, detenida en su vida sufriendo de síntomas que así lo atestigüan: padece de fuertes dolores al caminar y al estando de pie. Síntoma que se denomina en medicina “astacia abasia”. Freud no se contenta con éstas explicaciones descriptivas del caso sino que avanza más allá, hacia la obtención de un sujeto, de sacarlo de su silencio sintomático, de la mudéz de un cuerpo dolorido. Lo pone a hablar, busca los medios necesarios para que *diga*. De este modo se recorta un significante, *stehen*[2], que en alemán significa estar de pie, estar detenido. Si el significante representa a un sujeto para otro significante... ¿qué otro significante podrá asociarse a ese? Freud busca ese *otro* significante que está implicado en la regla fundamental: hable, asocie que algun significante aparecerá. Sabemos por las elaboraciones de Lacan, que el analista ya es *otro* significante al que el sujeto puede dirigirse en calidad de oyente (1967).

Elisabeth relata las escenas donde surgieron por primera vez los dolores, y allí aparecen dos significantes que nos permiten situar la división del sujeto. Ella, cuidadora incansable del padre enfermo, se retira convencida por sus familiares a una fiesta donde se encuentra con un joven que la atrae. Al llegar a su casa, la escena es patética: su padre ha empeorado en su ausencia y ella se reprocha y se jura no volver a abandonarlo, dejándolo relegada cualquier tipo de satisfacción personal. Freud capta bien los dos términos de su división subjetiva.

<i>warm</i>	(...)	<i>kalt</i>
S1	\$	S2

Podemos corroborar en este texto que el sujeto aparece como efecto del significante. Al volver a su casa, Elisabeth se presenta dividida entre un deseo -que Freud califica de erótico- hacia el joven, la beatitud, la calidez, (*warm*) y el deber de asistir al padre, la frialdad de esa vida sin satisfacciones, la miseria, la frialdad (*kalt*)[3]. División que se verifica en el desenlace fundamental del caso cuando ella se recuerda, sobre el final del análisis con Freud, parada frente a la tumba de su hermana muerta y como una ráfaga casi imperceptible, pasando por su cabeza la idea de que su cuñado está libre y puede casarse con él. *Spaltung* subjetiva bien localizada en el análisis y no sólo como suposición del sujeto, y su consecuente conflicto psíquico entre la consciencia y un deseo. Ella, finalmente, mostrando con sus síntomas ese “estar detenida en la vida”, sin poder elegir entre una u otra opción, entre lo que se debe y un deseo inconciliable para el yo pero genuino.

III. El síntoma es lo que el sujeto conoce de sí sin reconocerse en ello: *Symptombildung*

Hemos llegado a recortar en nuestra lectura lo que Freud denomina, en el historial referido: “ese singular estado de saber y al mismo tiempo no saber” (1893, 179). Como una de esas primeras histéricas que son bien recibidas por la oreja de Freud, que escucha sus síntomas como fenómenos diferentes a una simulación o una mera teatralización[4], Elisabeth se sostiene en su *belle indifférence*, que en apariencia no acusa recibo *psíquico* ni racional, sino que exhibe como una carga un cuerpo dolorido, aparentemente sin motivos. Es Freud, primer analista, el que se coloca en el lugar de un partenaire que pueda responder con su escucha ofrecida, descubriendo que ese cuerpo está afectado por el lenguaje en el sentido en que se muestra “ignorante de la distribución de los nervios... toma los órganos en el sentido vulgar, popular, del nombre que llevan: la pierna es la pierna, hasta la inserción de la cadera; el brazo es la extremidad superior tal como se dibuja debajo de los vestidos” (FREUD, 1893, 206).

Esta ignorancia yoica sobre la causa del padecimiento es especialmente evidente en los síntomas histéricos, pero resulta una característica propia del Inconsciente freudiano (saber no sabido) y de su expresión máxima, el síntoma. Se trata del estatuto de un saber *no reconocido* y de cómo se las arreglan el sujeto y el yo con ese no reconocimiento.

Gracias a la lectura clínica atenta y siempre sutil de nuestro colega Gabriel Lombardi (2009), hemos recortado de la letra misma de Lacan esta definición del síntoma. No se trata de una expresión común ni de una fórmula canónica como las dos anteriores. Un síntoma para el psicoanálisis, está hecho para no ser reconocido, ¿por quién? por el yo. Definición del síntoma que está en el corazón de la regla fundamental: hable, diga, no piense. Un paciente dice, una y otra vez, lo mismo al empezar cada sesión, casi como un signo de *buen analizante*, obediente: “mi primer asociación... es con X”. El analista interpreta: su primer asociación siempre es con X, ¡Ustedes dos sí que se han asociado! Surge allí de un modo ejemplar lo que el sujeto *conoce de sí*, ese modo de nombrar la relación con X como una *asociación* afectiva primera y fundamental en su vida. Efectivamente conoce eso pero no se reconoce allí.

Otros pacientes suelen decir: “me desconozco en eso que hice” o también, “lo hice sin pensar, sin querer”. Es la forma mínima de situar los actos que se presenta en el síntoma obsesivo de un modo menos directo que en el síntoma histérico. En el historial del Hombre de las Ratas (FREUD, 1910) el sujeto se des-conoce subiendo y bajando de los trenes por una duda que se le ha impuesto a su pensamiento. No se reconoce allí donde justamente se trata de un síntoma, la duda obsesiva, *el pensar obsesivo* nos dice Freud quien escucha y recorta esos significantes propios del sujeto[5], de algo que nadie conoce mejor, en tanto lo hace sufrir pero no se reconoce en ese loco accionar (IDEM).

¿Entonces el análisis apunta a que alguien se reconozca en eso que justamente está construido (*symptombildung*, es el término que alemán que utiliza Freud) para no reconocerse? Aquí se abren caminos psicopatológicos que no abordaremos aquí. Lacan utiliza esta expresión por primera vez en forma interrogativa en su texto *Acerca de la causalidad psíquica* (1946) respecto del no reconoci-

miento de *su* locura por parte del paranoico. Dice:

“me parece claro, en efecto, que en los sentimientos de influencia y de automatismo el sujeto no reconoce sus propias producciones en su calidad de suyas. En esto, todos estamos de acuerdo: un loco es un loco. ¿Pero lo notable no es más bien que tenga que conocerlo? ¿Y el problema no consiste acaso en saber que conoce de él sin reconocerse allí?” (LACAN, 1946, 166. subrayado nuestro).

El paranoico es el paradigma extremo del no reconocimiento de la causa de su padecer al mismo tiempo que sí lo conoce y lo sufre pero lo adjudica al otro que lo persigue o le hace escuchar voces, perder negocios... Por su parte, las neurosis presentan una estructura sintomática basada en la represión, es decir, en producir en el escenario mismo del yo un desconocimiento. La pregunta sobre el reconocimiento yoico de las causas del padecimiento mental no está en la mira del psicoanálisis sino que se trata de atravesar una experiencia que lidia con ésta estructura interna del sujeto. Se trata de la transformación posible del síntoma propio en el marco de la transferencia.

Agreguemos que treinta años después, en uno de sus últimos seminarios, Lacan sostiene que el síntoma es el partenaire del sujeto, es su pareja, es lo que se empareja y es “lo que se conoce e incluso lo que se conoce mejor” (16/11/1976). A diferencia del chiste donde uno se reconoce (IDEM), el síntoma parte del rechazo al reconocimiento.

También aclara en ese seminario que “conocer su síntoma es saber hacer con, saber desembrrollarlo, manipularlo” (IDEM). El fin del análisis, o sea su finalidad y su final, apuntan a un sujeto que pueda hacer con su síntoma[6], de una manera siempre singular y propia, es decir, de un modo inédito, sin modelo previo ni pericia adquirida. La dirección de la cura se orienta éticamente por ésta estructura propia del síntoma de lo que el sujeto no reconoce aún conociendo eso de sí ¡y más que nadie cuando se trata de *su* cuerpo, de *su* pensamiento, de *su* ataque de pánico, de *sus* voces o de *su* alucinación! Por ello, démosle la palabra al sujeto, el único que conoce de sí aunque su yo diga NO.

Callejones actual-es

Luego del recorrido propuesto podemos concluir que es la oferta del analista -no del psicoanálisis- la que resulta atractiva y más actual que nunca, ya que cada vez más los sujetos se sienten apesados por el avance de las ciencias *duras* sobre las ciencias *humanas*. Las tecnologías no dejan de quedar imposibilitadas para afrontar y, especialmente, *saber hacer con* el deseo e intentando hacerlo desaparecer, dejan un espacio, un intervalo entre los significantes, que nosotros llamamos sujeto. Idéntica posición asume el neurótico creyendo poder *reprimirlo*, y falla, una y otra vez porque eso retorna y no cesa.

Las tres fórmulas que hemos intentado descomprimir y explicitar clínicamente apuntan a un sujeto, el sujeto del inconsciente, es decir del deseo que nos habita más allá de las *buenas intenciones*. Aquello que no se deja capturar tan fácilmente, pero cuando surge arrasa con sus efectos comprobables. Estos slogans, nos han permitido situar aquí las diferentes maneras de abordaje y soste-

nimiento del deseo tal como se le presentan a un analista en su práctica[7].

La noción de sujeto ha sido explorada bajo su forma privilegiada, es decir, por el lado del síntoma, estructura fundamental que permite, en su lectura lacaniana, acercarse a éstos otros términos sin confundirse con ellos: síntoma, sujeto, deseo y división.

Finalmente, nos quedará ir en contra de esa posición del lector incrédulo contra la que Freud luchaba en su época o la de ese lector al que se le ha prohibido el acceso a algunos textos o a algunas enseñanzas consideradas prohibidas y hasta malditas; ese sería el caso de Lacan en su época. Pero, el deseo persiste y hace que pueda producirse una *nueva lectura*, un nuevo lector que se encuentra con el texto sin más esperanzas que animarse a leer por fuera de la pericia, como ex-periencia. Estos son los callejones actuales, los nuevos caminos a los que el deseo siempre actual, nos estimula.-

NOTAS

[1] En término francés tiene un equívoco tal como se escucha en inglés: *letter* quiere decir letra y también carta, o sea, mensaje.

[2] Término alemán que significa tanto andar como estar de pie. Lamentablemente, Strachey no lo aclara en su Standard Edition, a diferencia de la traducción al castellano de Etcheverry que pone entre paréntesis algunos términos que nos ayudan en la lectura.

[3] Aquí se repite nuevamente el problema de la desacertada decisión editorial de Strachey respecto de éstos dos términos alemanes: *warm* y *kalt*.

[4] Algo que vemos a diario en las salas de internación psiquiátrica donde se trata al histérico -borrado del DMS, por ende inexistente como categoría clínica- como un actuador, un imitador camaleónico de otras patologías "graves" como la esquizofrenia o las psicosis alucinatorias. "Desacreditan el saber del médico", dice Freud en las Conferencias de la Clark University en Massachusetts, 1908.

[5] *Ratten* y *Raten*, en alemán. Ratas y conjeturar o pensar, son equívocos en esa lengua en la que habla. Entre otros significantes legibles en el caso en el que nos apoyamos.

[6] "*Saber hacer allí con su síntoma ese es el fin/finalidad/final del análisis*".

[7] Lectura radicalmente diferente a lo que Harold Bloom llama, con cierto desprecio, *los psiconlingüistas franceses heideggerianos, como Jacques Lacan*.

BIBLIOGRAFÍA

- Barthes, R. (1968). "La muerte del autor". Paidós, 2009.
- Bloom, H. (1994). "El canon occidental". Anagrama, 1994.
- Hanns, Luiz, A. (1996). "Diccionario de términos alemanes de Freud", Lohlé-Lumen, México, 2011.
- Freud, S. y Breuer, J. (1895). "Estudios sobre la Histeria", En Obras completas, Amorrortu Editores, Tomo 2, Bs. As., 1999.
- Freud, S. (1909). "A propósito de un caso de neurosis obsesiva (El hombre de las Ratas)". Ed. Amorrortu, Tomo X, Bs. As., 2010.
- Freud, S. (1912). "Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico". Ed. Amorrortu, Tomo XII, Bs. As., 2008.
- Freud, S. (1919). "Los caminos de la terapia analítica". Biblioteca Nueva, cuarta edición, Tomo III, Madrid, 1984.
- Kertész, I. (1990). "Kaddish por el hijo no nacido". Ed. Acantilado, Barcelona, 2007.
- Lacan, J. (1946). "Acerca de la causalidad psíquica". En Escritos 1, Siglo Veintiuno editores, decimocuarta edición en español, Bs. As., 1988.
- Lacan, J. (1953-54). "El Seminario, libro 1: Los escritos técnicos de Freud". Ed. Paidós, 11ª reimpresión, Bs. As., 1998.
- Lacan, J. (1957-58). "El Seminario, libro 5: Las formaciones del inconsciente". Ed. Paidós, Bs. As., 1999.
- Lacan, J. (1960). "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano". En Escritos 2, Siglo Veintiuno editores, decimocuarta edición en español, Bs. As., 1988.
- Lacan, J. (1964). "El Seminario, libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis". Ed. Paidós, Bs. As., 1987.
- Lacan, J. (1966). "Overtura de esta recopilación" En Escritos 1, Siglo Veintiuno editores, decimocuarta edición en español, Bs. As., 1988.
- Lacan, J. (1966). "Mi enseñanza". Ed. Paidós, Buenos Aires, 2006.
- Lacan, J. (1967). "Proposición del 9 de octubre de 1967". Ornicar, 1967, vol. 1.
- Lacan, J. (1972-73). "El Seminario, libro 20: Aún". Ed. Paidós, Bs. As., 1975.
- Lacan, J. (1976-1977). "El seminario, libro 24: L'insu que sait de l'Une-bevue s'aile 'a mourre". Inédito, versión y traducción Ricardo Rodríguez Ponte para la Escuela Freudiana de Buenos Aires. Bs. As., 1988.
- Lombardi, G. (2009). "Singular, Particular, Singular. La función del diagnóstico en psicoanálisis". Ed. JVE, Bs. As., 2009.